

# Aproximación al estudio de las representaciones sociales

Elsa María Ortiz Casallas<sup>1</sup>

*El propio sofista es el ser del simulacro, el sátiro o centauro, el Proteo que se inmiscuye y se insinúa por todas partes. Pero, en este sentido, puede que el final de El Sofista contenga la aventura más extraordinaria del platonismo: a fuerza de buscar por el lado del simulacro y de asomarse hacia su abismo, Platón en el fulgor repentino de un instante, descubre que éste no es simplemente una copia falsa, sino que pone en cuestión las nociones mismas de copia... y de modelo.*

(Deleuze, 1989, p. 257).

## Introducción

---

Este artículo visibiliza la teoría de las *representaciones sociales* como un marco teórico y metodológico apropiado para analizar los diferentes aspectos de la cultura, en la que el hombre, en tanto ser social y productor de significaciones, es el actor fundamental, sujeto social ligado a la perspectiva del otro, a la interacción con los otros, a la co-construcción de su mundo en la intersubjetividad. Para ello se problematiza la categoría *sujeto*, es decir, se analizan las diferentes posiciones que ha connotado históricamente; también se discute sobre la tradición del pensamiento binario occidental y finalmente se ubica la teoría de las representaciones sociales dentro del pensamiento ternario.

## El problema del sujeto

---

El estudio de las representaciones sociales, su objeto de análisis y sus presupuestos teóricos, han planteado interrogantes respecto a su relación con las representaciones individuales y el estatuto –sea individual o social– del sujeto: productor de representaciones sociales. Este planteamiento se hace evidente en el concepto de representación colectiva o social que se ha ido construyendo en diferentes épocas desde Durkheim (1895), Moscovici (1961-1975) y los estudios posteriores a ellos.

---

1 Profesora de la Universidad del Tolima. Estudiante del Doctorado en Educación, Énfasis lenguaje, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

Muchos estudios han expresado la necesidad de avanzar en la discusión sobre la relación y el límite entre las representaciones sociales e individuales, sobre la dicotomía entre sujeto-objeto, individuo-sociedad y el papel activo de aquel en la construcción y/o reconstrucción de significados. Sin embargo, a pesar de dichas reflexiones, es posible decir que el problema del sujeto no ha sido, hasta el presente, objeto de una reflexión profunda y sistemática en el enfoque de las representaciones sociales. Esta situación que genera, de alguna manera, un vacío teórico, podría atribuirse a razones históricas y sociales. Quizá la más contundente tenga que ver con la connotación negativa que tomó la dimensión de “sujeto” en ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX, puesto que al final de la segunda guerra mundial, algunas líneas de pensamiento terminaron desacreditándola: positivismo, marxismo y estructuralismo, entre otros (Jodelet, 2008). No obstante, las coyunturas históricas y epistemológicas que marcaron el fin de siglo, cuestionaron y pusieron en evidencia los paradigmas hasta entonces dominantes, rehabilitando y reintegrando de alguna manera la noción de sujeto como fenómeno social mayor.

Por un lado, en psicología, el conductismo –en aras del rigor científico-positivista– adoptó los métodos de las ciencias naturales, especialmente de la biología y de la física, sin considerar las diferencias cualitativas que existen entre el estudio de fenómenos materiales y humanos. De otro lado, en ciencias sociales, el objetivismo fue el enfoque que orientó los procesos sociales, rechazando toda posibilidad de intersubjetividad social. En esta misma dirección, el marxismo clásico consideró al individuo como producto de una ideología de clase y objetó la idea de un sujeto autónomo, que pudiera reflexionar más allá de sus condiciones materiales.

Asimismo el estructuralismo, al cuestionar el discurso humanista, da muerte al sujeto, dejándolo atrapado en las estructuras funcionales del sistema de orden psíquico, lingüístico y social (Jodelet, 2008), y en la modernidad, el dualismo cartesiano mente-cuerpo instaura una metodología solipsista que implica un sujeto universal, ahistórico; un Yo abstracto, neutral, quien se constituye en fundamento del conocimiento válido para todos, alguien que todo lo ve, todo lo sabe y define todo para todos:

*El solipsismo metódico constituye la raíz última del liberalismo occidental, dado que admite –consciente o inconscientemente– la prioridad de la conciencia, sea individual o trascendental, frente a la pertenencia a una comunidad lingüística. Los individuos pueden actuar con sentido y pensar con validez, sin necesidad de recurrir a comunidad alguna, y también pueden prescindir de semejante recurso a la hora de decidir cuáles son sus intereses objetivos. Tanto en el campo teórico como en el práctico, el individuo es realmente anterior a la consti-*

*tución de la sociedad, y apela a ella, en último término, para satisfacer sus necesidades, intereses y deseos (Cortina, 1995, p. 54).*

En esta medida, el pensamiento cartesiano pretende hablar desde el ojo de Dios, toda vez que los atributos que antes estaban consagrados en el Dios cristiano, ahora se transfieren con las mismas características al Yo abstracto universal, garante de neutralidad y objetividad; si el mundo se ve a través del ojo de Dios, quiere decir que no está situado en ninguna parte del mundo y, por lo tanto, puede producir conocimiento universal; un conocimiento descarnado, no situado en ningún cuerpo, ni en ningún espacio particular. “La obra subsume la singularidad y resalta la razón; en lo subsumido se aniquilan también la subjetividad, la ética, la estética, lo corpóreo; es decir, la encarnación en un mundo que no nos es del todo extraño y hostil” (Aguirre y Jaramillo, 2006, p. 6). Así es como, debido a las arbitrariedades, reduccionismos e insuficiencias que estos discursos positivistas y objetivistas manifestaron, surge el concepto de representación social, a fin de poder explicar de una forma más humana nuestras interacciones significativas en el mundo:

*S. Moscovici (1969) explica el fracaso de toda una tradición de investigación que pretendía predecir o cambiar comportamientos, mediante el hecho de que la relación entre el sujeto y el objeto se reducía a una relación estímulo-respuesta, y se introducía una división entre mundo exterior y mundo interior; ahora bien, según él, el sujeto y el objeto no son congénitamente distintos, y representarse algo es darse, conjunta e indiferencialmente, el estímulo y la respuesta (Jodelet, 1984, p. 477).*

Emergen entonces, desde espacios diversos, nuevas racionalidades y distintas sensibilidades, diferentes a la objetivista y mecanicista. Se puede afirmar que hay, en este momento, una reconceptualización de la cultura, la subjetividad, la cotidianidad, la persona, en otras palabras, una revalorización de la alteridad. Estos aspectos que antes fueron invisibilizados por la imposibilidad de tratarlos objetivamente desde el paradigma positivista, recobran hoy un valor de primer orden, sin renunciar a criterios científicos.

Desde Morín (1997), la complejidad que constituye en esencia al hombre, no ha tenido una respuesta positiva en la ciencia; de ahí que sea necesaria una posición crítica y una creciente flexibilización y búsqueda de otros modelos teóricos metodológicos que hagan posible comprender y explicar de una mejor manera la condición humana:

*La propuesta de Morin coincide con la apreciación de que el concepto de saber es más omnicomprendivo que el concepto de conocimiento y más todavía que el de conocimiento científico; por consiguiente, hay que hablar más bien de las “verdades polifónicas de la comple-*

*jidad”, dentro de las cuales ciertamente caben las del conocimiento y las del conocimiento científico, pero, también las diversas racionalidades de otras formas de saber (Ruiz, L. en González, 1997, p. 91).*

Es impensable, desde esta mirada, pretender capturar la complejidad del ser humano desde el paradigma de la simplificación, vía positivismo y conductismo, como se ha pretendido tradicionalmente orientar, sobre todo en el campo de la educación, donde se asume una visión transmisionista, lineal y mecánica de los procesos de enseñanza-aprendizaje como relación causa-efecto simple y proporcional.

*Parece que entre acontecimientos se forman relaciones extrínsecas de compatibilidad e incompatibilidad, silenciosas, de conjunción y de disyunción muy difíciles de apreciar ¿En virtud de qué un acontecimiento es compatible o incompatible con otro? No podemos apelar a la causalidad ya que se trata de una relación de los efectos entre sí (Deleuze, 1989, p. 176).*

Hablar entonces de sujeto en el campo de estudio de las representaciones sociales, es hablar de pensamiento, de subjetividad y reflexividad mediante el posicionamiento y cuestionamiento frente a la realidad, al conocimiento y hacia los Otros. Esta especificidad del sujeto como pensamiento y reflexión, posibilita la apertura de espacios de investigación donde la construcción y reconstrucción de subjetividades vía cambio social puede ser un hecho posible, real y necesario, sobre todo en una época histórica, política y social donde se intenta –por diferentes vías– ocultar, marginar y desconocer la alteridad.

### De un pensamiento binario a uno ternario en la investigación social

---

En general, el pensamiento occidental y el lenguaje han sido contruidos sobre un sistema de diferencias organizadas y un método de oposiciones binarias: blanco-negro, bueno-malo, derecha-izquierda, sagrado-profano, en donde el primer término es privilegiado y designado como la norma del significado cultural, creando una jerarquía dependiente y marginal: “el segundo término realmente no existe fuera del primero, sino que existe dentro de él, aunque la lógica falocéntrica de la ideología supremacista blanca nos haga pensar que existe fuera y en oposición al primer término” (McLaren, 1997, p. 158). Asimismo, por cuestiones metodológicas ortodoxas, psicólogos y sociólogos han tratado de estudiar la realidad a través de lecturas binarias, por ello han dicotomizado las relaciones: individuo-sociedad, sujeto-objeto, naturaleza-cultura, pensamiento-acción.

Esto conduce a la separación del sujeto cognoscitivo del objeto cognoscible, es decir, sujeto y objeto son dados y definidos independientemente el uno del otro:

*Cuando el científico social, expresión de este modelo de racionalidad, procede al estudio del ser humano como un objeto de investigación, aplica esta clave binaria y considera por un lado los aspectos inherentes al ego, resaltando las estructuras anatómicas y funcionales del sistema nervioso que posibilitan la actividad mental y, por el otro lado, los aportes medioambientales que actúan como estímulos que provocarán ciertas respuestas y, sobre todo, los productos de la actividad mental en percepciones, en inteligencia, etc. (Gutiérrez, 1998, p. 215).*

Así pues, el sujeto por un lado, y la realidad por otro, son las condiciones apropiadas para determinar, objetivar y sistematizar aspectos y conductas de la manera más rigurosa posible. Por esta razón, la teoría psicosocial sustentada por Moscovici fue, desde el punto de vista epistemológico, una crítica abierta al conductismo, en tanto que este paradigma objetivista desconoció el alter y redujo la relación sujeto-objeto a estímulo-respuesta. El conductismo, apoyado en el empirismo, en el ambientalismo y en el determinismo, borró cualquier posibilidad de consciencia, sentimiento y reflexión en el ser humano. En suma, este enfoque de lógica mecanicista negó al hombre toda su capacidad de ideación y autonomía, toda su competencia para reaccionar y generar sus propias conductas y, finalmente, toda posibilidad de darle un sentido a su acción.

Durkheim estableció, igualmente, una división entre individuo-sociedad. Para él, la producción social impacta y determina la conciencia social de los individuos; partió del supuesto de que las representaciones individuales existían, pero no eran pertinentes para el trabajo del científico social, dado su carácter heterogéneo, dinámico y subjetivo. De hecho, su modelo no tuvo en cuenta los mecanismos psicológicos y sociales de producción de las representaciones sociales, así como tampoco sus operaciones y sus funciones. En contraste, Moscovici rechaza dicha separación dicotómica y da un giro en la interpretación al postular una relación dialéctica psicosocial. Según este autor, las personas construyen y son construidas por la realidad. Es decir, las representaciones sociales son producto y proceso, en tanto elaboración psicológica y social de lo real.

De esta manera, Moscovici pasa de un esquema diádico sujeto-objeto a un sistema de interacción triádico, que cancela la existencia de un solo sujeto al proponer la intervención e incidencia de otros a los que él llama *alter*: “Moscovici da supremacía a la relación sujeto-grupo (otros sujetos)

porque: a) los otros y las otras son mediadores y mediadoras del proceso de construcción del conocimiento y b) la relación de los y las otras con el objeto –físico, social, imaginario o real– es lo que posibilita la construcción de significados” (Araya, 2002, p. 6). Esta concepción pone de manifiesto la posición epistemológica en que se inscribe el estudio de las representaciones sociales; el conocimiento así, se comprende como un fenómeno complejo, cuya construcción está atravesada por múltiples relaciones sociales y culturales.

El alter es el modelador de las conductas y las representaciones cognitivas, lo cual supone una mediación constante; una “terceridad”, en términos de Peirce. Al respecto, indica Gutiérrez lo siguiente:

*El punto de vista heterodoxo que incluye la clave ternaria en el análisis, coloca en el mismo plano el ego, el alter y el objeto. La percepción así estará producida por esta estructura ternaria, que bien puede representarse en una figura triangular en donde el ego que percibe (y que se ubica en una de las bases), lo hace según los valores de la estructura social que definimos como el alter y que le hacemos corresponder la otra base en esta hipotética estructura triangular (1998, p. 216).*

Esta visión triádica y dialéctica, ego-alter-objeto, instaura una ruptura en el proceso de construcción del conocimiento, dado que pone el acento en el aspecto social como elemento fundamental para su construcción. El conocimiento se entiende aquí como un fenómeno complejo, elaborado a partir de circunstancias y dinámicas contextuales heterogéneas y contingentes; se trata de una visión antiesencialista y antifundamentalista del conocimiento. La verdad no como correspondencia con la realidad (ontología objetivista), sino como fenómeno contextual y circunstancial, resultado de un acuerdo o convención. No existen esencialismos en los seres humanos, el ser humano es algo relativo a las circunstancias históricas, algo que depende de un acuerdo transitorio acerca de qué actitudes son normales y qué prácticas son justas o injustas; la verdad como juego de lenguajes, no como adecuación al sujeto, pues lo que constituye su verdadero ser es su capacidad de inadecuación (Lévinas, 1997). Las disyunciones, reducciones y simplificaciones producidas por esa fe ciega en el objetivismo de la razón lógica han impedido reconocer que también el científico es un hombre inmerso en la vida cotidiana; que la producción científica está atravesada, igualmente, por deseos, relaciones de fuerza, políticas y valores. Este posicionamiento desborda el contenido casuístico de la historia universal.

Pasar entonces de una concepción binaria de las relaciones humanas, tan ampliamente extendida y practicada en occidente, a una concepción ternaria, implica un desplazamiento que procura modificar o cambiar todo. La

propuesta ego-alter-objeto opera sobre una serie infinita de mediaciones en donde el contexto particular y las contingencias específicas que emergen de allí, resultan ser fundamentales. En este proceso los seres se hacen en relación, y lo que es, depende de lo que esa relación es con. Esta perspectiva epistemológica (Lévinas, 1997; Freire 1970; Moscovici, 1984) posibilita pasar de un modelo vertical a uno horizontal, vía producción de diálogo, en el sentido freiriano, en donde el alter es un modelo que matiza y define aspectos cognitivos, sentidos, visiones, esto es, representaciones sociales. Es precisamente en este contexto donde puede darse la vía expedita para establecer negociaciones entre el alter y el sujeto, de tal manera que se propicie la construcción de subjetividades menos determinantes y coloniales diferentes a las que nos han sido impuestas durante siglos: “lo anterior implica ver al Otro como algo que se escapa del poder del sujeto; responde más bien a una experiencia y temporalidad que no le pertenecen; pero que a su vez las lleva implicadas y co-implicadas como absolutamente Otro” (Aguirre y Jaramillo, 2006, p. 8).

### ¿Qué significa una representación social?

---

Las representaciones sociales son un fenómeno de la modernidad y evidencian los modos en que la conciencia colectiva se fue adaptando a las nuevas formas de legitimación en las sociedades modernas:

*La diferenciación y heterogenización de los grupos sociales que están en condiciones de legitimar los conocimientos, dieron lugar a la aparición de la ciencia moderna y de lo que llamamos el sentido común. Por el contrario, en la sociedad tradicional las formas de legitimación eran básicamente uniformes, lo cual explicaría el término de representaciones colectivas empleado por Durkheim (Castorina y Kaplan, 2003, p. 15).*

En otras palabras, no puede hablarse de representaciones sociales sin que exista diferenciación social. Los grupos se distinguen por su capital cultural y generalmente la creencia y valoración se asocia directamente con el estatus social. Un ejemplo claro de ello sucede cuando los maestros creen estar evaluando y valorando la inteligencia de sus alumnos, cuando realmente los están clasificando de acuerdo con sus características culturales:

*Por lo visto la gramática escolar reinterpreta la inteligencia como la posesión de una cualidad que se identifica con una virtud escolar. Ahora bien ¿qué consecuencias tiene para las prácticas educativas que los maestros se hayan adherido al imaginario social que subyace en los refranes populares de tipo: “lo que natura non da, Salamanca non presta”? (Castorina y Kaplan, 2003, p. 24).*

En este caso se reafirma la tradicional y clásica tesis sociológica en la cual el fracaso escolar de los niños depende menos de la escuela que de su posición en el entramado socio-cultural.

Ahora bien, ¿cómo se forma en los individuos la visión de la realidad?, ¿se forma individual o socialmente?, ¿de qué manera incide esta visión en sus acciones cotidianas? Sin duda la representación es individual, cognitiva, en tanto que la persona se apropia de un conocimiento, recreándolo de diversas maneras, pero es social al mismo tiempo, porque la materia prima con que lo ha construido es de carácter colectivo. Las representaciones se actualizan, se construyen y se recrean en la interacción comunicativa cotidiana de los individuos, en el cara a cara, a través de la educación y los medios de comunicación. Son precisamente estos aspectos los que inciden con fuerza en la construcción individual de la realidad, lo que genera consensos y visiones compartidas de la realidad. Nótese la gran influencia de los medios de comunicación para crear representaciones sociales estereotipadas de los diferentes actores y sectores de la sociedad, en aras de mantener el *statu quo*.

Efectivamente, cuando las personas se refieren a los objetos sociales, es porque tienen una representación social de esos objetos, los clasifican, los explican, los valoran y los evalúan. Es de esta manera como los individuos conocen la realidad, a través de las explicaciones que surgen en los procesos de comunicación y, en general, del pensamiento social. De ahí que analizar las RS permite entender la dinámica de las interacciones y las prácticas sociales, toda vez que la representación, el discurso y la práctica se generen mutuamente:

*El concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico, el saber del sentido común, cuyos contenidos manifiestan la operación de procesos generativos y funcionales socialmente caracterizados. En sentido más amplio, designa una forma de pensamiento social. Las representaciones sociales constituyen modalidades de pensamiento práctico orientados hacia la comunicación, la comprensión y el dominio práctico del entorno social, material e ideal (Jodelet, 1984, p. 474).*

Las representaciones sociales constituyen sistemas cognitivos en donde aparecen estereotipos, opiniones, valores, creencias y normas que desencadenan en actitudes positivas o negativas; es decir, estas actúan como principios interpretativos y orientadores de las prácticas sociales:

*Toda representación social es representación de algo y de alguien. Así, no es el duplicado de lo real, ni el duplicado de lo ideal, ni la parte*

*subjetiva del objeto, ni la parte objetiva del sujeto. Sino que constituye el proceso por el cual se establece su relación (Jodelet, 1984, p. 475).*

Lo anterior indica el camino dinámico y activo del sujeto en la elaboración de representaciones sociales, dado que las personas son concebidas como seres reflexivos que constantemente legitiman, deslegitiman, aceptan, reconstruyen y no como entes pasivos, cuyo único papel es el de reproducir. Es claro entonces, que la teoría de las representaciones sociales llenó un vacío que dejó el marxismo clásico: las personas no son pasivas, no se dedican solo a observar cómo se reproduce el mundo, pues la sociedad y el mundo se construyen y se reconstruyen porque existen allí sujetos que piensan, aceptan, critican, comparan y lo hacen avanzar o retroceder en diferentes ámbitos:

*De este modo el pensamiento del sujeto, modelado por la esfera trans-subjetiva, encarnado aquí en los condicionamientos sociales, se convierte en una voz-vía de la intersubjetividad. A lo que se podría añadir, en lo concerniente a la relación pensamiento-conocimiento, el hecho de que el pensamiento propio del sujeto es una manera de resistir y de afirmar su autonomía con respecto al saber y al conocimiento científico (Jodelet, 2008, p. 17).*

Para Castoriadis (1997) reafirmar dicha autonomía implica una ruptura ontológica, en tanto que obliga a cuestionar la Institución imaginaria de la sociedad, poner en evidencia las propias instituciones, desmitificarlas, desnaturalizarlas y asumir que son los mismos individuos quienes les han dado el poder que tiene para dominarlos. En palabras de Freire (1968), significa el paso de una conciencia intransitiva a una transitiva:

*Los seres humanos no pueden vivir sino en sociedad, y es la sociedad la que ha hecho a los seres humanos; son los seres humanos quienes crean con sus propias instituciones y leyes, la sociedad en que viven, y por ello, ellos mismos pueden cambiar o mantener de manera consciente esa sociedad (Castoriadis, 1997, p. 51).*

Según Moscovici (1984), la sociedad no es una fuerza externa que se le impone al individuo, como sí lo creía Durkeim, sino que la sociedad, los individuos y las representaciones son construcciones sociales. El pensamiento resignifica lo que la palabra como hecho cultural impone (Vygotsky, 1995) y lo hace válido para una comunidad de seres humanos. Esta posición constructivista del conocimiento evita el dualismo cartesiano entre mundo-mente en el que se apoya la psicología cognitiva.

Los anteriores argumentos permiten concluir que la teoría de las representaciones sociales resulta ser importante por cuanto posibilita describir y, en esta medida, hacer inteligibles y comprensibles las prácticas sociales de los actores sociales. Es decir que para entender cómo los sujetos sociales actúan en su vida para dar sentido a lo que hacen, es necesario indagar los significados y sentidos que éstos elaboran y ponen en su universo de vida o en objetos particulares de la cultura:

*La teoría de las representaciones sociales es una propuesta teórica y metodológica apropiada para entender otra faceta de los procesos educativos: el significado que profesores y estudiantes le adjudican a sus prácticas, a su rol profesional, a su vida, etc. (...). Las representaciones sociales son una herramienta importante para entender los diversos significados que se tejen en los espacios académicos acerca de algo (un plan de estudios, una asignatura, una estrategia metodológica) o alguien (el estudiante, el profesor, el funcionario) (Piña, J. y Mireles, O., 2008, p. 15).*

De lo anterior se deriva la importancia de conocer, desentrañar y cuestionar el núcleo figurativo de una representación social alrededor del cual se articulan creencias ideologizadas, pues ello constituye un paso significativo para la modificación de una representación y, por ende, de una práctica social (Banchs, 1991). Este trabajo supone la reorganización de creencias consideradas como inadecuadas, la valorización de saberes de sentido común, la concienciación crítica (Freire, 1970) y la reinterpretación de situaciones de vida. Como legado del positivismo, el pensamiento social tiende siempre a traducir lo abstracto en elementos concretos, icónicos; se trata en últimas de hacer ver lo que se quiere describir. En este sentido, la objetivación indica un proceso reificante que nos lleva a materializar en imágenes concretas aquello que es de carácter conceptual. Por tal razón, el esquema figurativo se ontologiza, pasando a ser un elemento más de la realidad. A pesar de ser el esquema figurativo un proceso de construcción social, se olvida este carácter simbólico esencial y se le atribuye plena existencia fáctica (Ibáñez, 1998).

Definitivamente el representacionismo cognitivo, el positivismo y el conductismo han puesto siempre de manifiesto la obsesión por lo factual, por todo aquello que se puede ver, tocar, medir y cuantificar. Así es como el pensamiento social tiende a invisibilizar los procesos y a quedarse solo con los productos; asimismo la fuerte predominancia de una visión representacionista y positivista del lenguaje contribuye a la creencia de que detrás de cada expresión verbal enunciada existe algún objeto que se le corresponde y lo sustenta. Por lo anterior, la importancia actual de la ciencia explica que quizá las representaciones sociales son la modalidad de pensamiento

social que caracteriza de manera más precisa nuestro tipo de sociedad (Ibáñez, 1998).

Tales posicionamientos indican que el enfoque de las representaciones sociales puede proporcionar –vía cambio social– la mejor contribución pero también la más difícil. La mejor “porque las maneras en que los sujetos ven, piensan, conocen, sienten e interpretan su mundo de vida, su ser en el mundo, desempeñan un papel indiscutible en la orientación y la reorientación de las prácticas” (Jodelet, 2008, p. 12) y la más difícil porque las representaciones sociales son fenómenos complejos, heteróclitos, que ponen en tensión las fuerzas de la conservación y la transformación; elementos que deben ser reintegrados y aprehendidos bajo diversas miradas y para ello es necesario actuar conjuntamente.

## Bibliografía

---

- Abric, J. C. (2001) *Prácticas sociales y representaciones*. México: Ediciones Coyoacán.
- Aguirre, J. y Jaramillo, L. (2006). El otro en Lévinas: una salida a la encrucijada sujeto-objeto y su pertinencia en las ciencias sociales. En: *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4 (2) 47-72.
- Araya, S. (2002). Las representaciones sociales: ejes teóricos para su discusión. En: *Cuaderno de Ciencias sociales* (127) 1-84. San José, Costa Rica: Facultad Latinoamericana de Ciencias sociales, FLACSO.
- Castoriadis, C. (1997). *Ontología de la creación*. Bogotá: Ensayo y Error.
- Castorina, J. A. (2003). *Representaciones sociales*. España: Gedisa.
- Cortina, A. (1995). *Razón comunicativa y responsabilidad solidaria*. España: Editorial Sígueme.
- Deleuze, G. (1989). *Lógica del sentido*. España: Paidós.
- Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI editores.
- González, S. (1997). *Pensamiento complejo*. Bogotá: Mesa Redonda.
- Gutiérrez, J. D. (1998). La teoría de las representaciones sociales y sus implicaciones metodológicas en el ámbito psicosocial. En: *Psiquiatría Pública* 10 (4) 211-219.
- Ibáñez, J. (1998). *Nuevos avances en la investigación social*. Barcelona: Ediciones Proyecto A.

Jodelet, D. (1984). En: S. Moscovici. *Psicología social II*. España: Paidós.

\_\_\_\_\_ (2008). El movimiento de retorno al sujeto y el enfoque de las representaciones sociales. En: *Revista Cultura y Representaciones Sociales*, 3 (5) 32-63.

Lévinas, E. (1977). *Totalidad e Infinito: ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Editorial Sígueme.

Moscovici, S. (1984). *Psicología Social II*. España: Paidós.

McLaren, P. (1997). *Pedagogía crítica y cultura depredadora*. España: Paidós

Piña, J. M. y Mireles, O. (2006). *La perspectiva sociológica de las representaciones sociales para el estudio de la globalización*. Consultado el 16 de marzo de 2010. Disponible en: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2376684>.

Vigotsky, L. (1995). *Pensamiento y Lenguaje*. España: Paidós.